

Manifiesto por la Memoria Viva y el Futuro de Calacalí

Capítulo I: El llamado de la memoria

Desde el corazón de Calacalí se alzan voces que no saben callar. Son voces que nacen del murmullo de las quebradas, de la risa de los niños que corren en la plaza, del eco de las campanas que todavía marcan el ritmo de la vida comunitaria, de los pasos firmes de quienes madrugan para trabajar la tierra y del rumor persistente de una memoria que se niega a desaparecer.

En cada palabra resuena la fuerza de Fausto, que escribe desde el pulso de la pintura, la escultura, la escritura y de la guitarra, recordando que el arte es también memoria y resistencia. Se escucha la voz de Margot, que carga en sus manos la raíz de las abuelas, aquellas que enseñaron los secretos de la tierra, del trabajo comunitario y de la dignidad; ella nombra con ternura y firmeza a los saberes que sostienen la vida. Anabella entrelaza lo social, lo ambiental y lo comunitario, cuidando lo pequeño, lo frágil y lo humano, recordando que lo que parece insignificante es la base que mantiene unida a la comunidad. Antony, joven como semilla recién sembrada, encarna la energía del presente, la organización que brota con fuerza y la certeza de que la juventud no es un mañana lejano, sino un ahora que convoca y construye. Son un grupo que no se detiene, que avanza con paso firme, renovando sueños y resistiendo con pasión, sembrando raíces de cambio en cada acción y en cada palabra.

Pero no están solos. Sus palabras se suman a un coro amplio y diverso: la Organización de Santos Varones que custodia la fiesta y la tradición; Gadys Villenas que endulza la vida con sus bizcochos; Carmela Betancour, que con su tejido enlaza a todas y todos los calacaleños, vistiéndonos de identidad e historia, la memoria en cada plato; el padre Manuel Proaño con su palabra sincera y su compañía fiel; Homero y Wilson Silva que mantienen despiertas las canciones en sus guitarras; María Aurora Herrera que ha dejado un legado con cada espumilla; Lauriano Silva, Moisés Villenas y tantas otras personas como las parteras que fueron y son parte importante de estas memorias calacaleñas, compañeras y compañeros que, aunque no figuren en papeles oficiales, sostienen la vida con cada nacimiento, cosecha y celebración.

Calacalí no es un nombre frío inscrito en registros parroquiales. Es la puerta viva a la Mancomunidad del Chocó Andino, territorio donde se entrelazan la biodiversidad y la memoria cultural. En sus calles laten aromas de hornos y flores, historias que viajan de boca en boca, saberes que se heredan en silencio o en canto, y un orgullo que recuerda a todos quiénes son y hacia dónde caminan.

Capítulo II: Denuncia y resistencia

Junto al canto de la memoria se levanta también la voz de la denuncia. Porque el silencio prolongado pesa como abandono.

La escuela Línea Equinoccial, centenaria y sabia, está siendo relegada al olvido. Sus muros guardan risas de niños, pasos de maestros, sueños de generaciones que allí aprendieron a pensar y a imaginar. En sus aulas se formaron pensadores, campesinos sabios, deportistas, artistas y líderes comunitarios. Hoy, esos muros claman respeto, mientras las autoridades desvían la mirada y se esconden tras promesas que se deshacen en discursos huecos.

Calacalí recibe al turismo con los brazos abiertos, pero vigilante del respeto y cuidado por la comunidad y la naturaleza. A la vez, se mantiene alerta y firme frente a la contaminación industrial descontrolada, el extractivismo implacable y el humo delirante. Frente a estas amenazas, Calacalí no se rinde; alza su voz y defiende con fuerza aquello que lo hace existir y palpar.

Capítulo III: Memorias que sostienen

Caminar por Calacalí es caminar acompañado por un mapa invisible, hecho de cantos, luchas, palabras y sabores. Es escuchar la voz de Rafico Calahorrano, sembrador de memorias con su arte; la presencia de Miguel Silva, que conoce cada rincón como la palma de su mano; y el eco de Graciela Manosalvas, que guarda en su voz la memoria de la costura y de las fiestas de antaño. Es sentir la huella de los corredores que hicieron historia con su resistencia y sudor. Es recordar los pasillos entonados por Carlota Jaramillo que, aunque lejos, tiene raíces que siguen latiendo en Calacalí.

Las memorias no son reliquias muertas. Están vivas en Fausto, Margot, Anabella, Antoni, Gadys, Carmen, Homero, Wilson, María Aurora, Manuel y en los cientos de manos que, aunque no se nombren aquí, siguen sosteniendo la vida comunitaria. Todos ellos escriben, aunque sin tinta, la historia de un pueblo que se reconoce en su resistencia.

Capítulo IV: Proclamación de voluntad

De esta conciencia surge una proclamación firme: Calacalí no permitirá que el olvido devore su escuela, su plaza ni sus caminos. Defenderá el derecho de ser reconocida como la puerta viva del Chocó Andino. Promoverá un turismo consciente y respetuoso, que camine con el ritmo de la comunidad y no contra ella. Velará por sus ríos, sus quebradas y cada rincón donde habitan aves, árboles y recuerdos. El llamado es claro y atraviesa generaciones: estudiantes y maestras, campesinos y artistas, emprendedoras y ancianos, jóvenes y niños. El pacto comunitario es rescatar la escuela Línea Equinoccial y devolverle el brillo que le corresponde como faro de conocimiento; crear espacios donde la memoria oral sea reconocida como patrimonio vivo; fortalecer la economía local con proyectos justos y solidarios; y sembrar en la juventud el orgullo de pertenecer a Calacalí.

A las autoridades se les pide con urgencia que escuchen este clamor, que no lo archiven como otro documento burocrático, porque lo que se levanta aquí no es un papel muerto, sino una promesa viva que circula en las manos de la gente.

Capítulo V: Declaración final

Calacalí no es tierra de resignados. Es la herencia de quienes cruzaron senderos, sembraron maíz, levantaron casas y resistieron olvidos, manteniendo siempre encendida la llama de la dignidad.

Hoy se proclama con claridad: Calacalí no se rinde.

La memoria es territorio, y el territorio es vida. Y mientras exista la voluntad de recordarlo, el futuro tendrá raíces firmes y alas abiertas.

Por la escuela centenaria.

Por los sabores y los saberes.

Por la dignidad de un pueblo que no acepta el abandono.

Este manifiesto quiere recorrer plazas, cocinas, calles y aulas. Quiere despertar corazones dormidos y convocar voluntades firmes. Porque Calacalí no es un pasado olvidado: Calacalí es presente que lucha y futuro que florece.

